

todos los rasgos capaces de hacer impresion en un entendimiento amante del orden y en una alma sensible.

„Considerad, le dice (1), que la iglesia de Roma es vuestra esposa. Se nos podrá decir que la esposa del Pontífice romano no es una iglesia sola y particular, sino la Iglesia universal. Lo sé, Santísimo Padre; y no permita Dios que coarte yo vuestra jurisdicción. Antes bien la estenderia, si fuese posible. Conozco con gusto que no tiene otros límites que los del océano. Pero, aunque vuestra silla esté en todas partes donde Jesucristo tiene adoradores, estais unido con Roma de un modo muy particular. Así como las demás ciudades tienen su obispo, así tambien vos solo sois el obispo de esta reina de las ciudades. Sin embargo, algunas personas de corta capacidad, ó apasionadas, ó imbuidas en alguna preocupación, os hablarán de diferente modo. Os pintarán la Italia como una tierra que devora á los estrangeros y á sus propios habitantes, en la que se camina sobre un fuego mal cubierto y entre precipicios, en que los alimentos, las aguas, el aire mismo, y en especial el carácter de los pueblos engendran la muerte, y acumulan á cada paso todo género de peligros.

„Pero acordaos, Padre Santo, de la injuria hecha poco ha por los bandidos de vuestras provincias, á vuestra corte y á vuestra persona sagrada. ¿Hay en Italia un egemplar de semejantes atentados

(1) *Petrarc. rer. sen. lib. 7. ep. unic.*

y desórdenes? Cuando esas infames compañías os obligaron á comprar á peso de oro vuestra libertad y quizá vuestra propia vida, como tambien la de vuestros cardenales, os quejasteis en consistorio pleno de que aquel ultrage era mayor que el que se hizo á Bonifacio VIII, y tuvisteis razon para explicaros así: porque aunque siempre es una maldad enorme usar de violencia contra el Vicario de Jesucristo, se puede decir que la altivéz y el genio duro de Bonifacio habian dado motivo á que se le tratase de aquel modo. Al contrario, no habia en vos mas que beneficios á que estar agraciado, virtudes que reverenciar, una beneficencia generosa, una benignidad verdaderamente evangélica, una dulzura inalterable, y una aversion infinita á todo lo que es capaz de ofender al menor de los hombres. Pero acometido de repente por un tropel de hombres brutales, os visteis reducido á sacrificar vuestros tesoros, ó por mejor decir, el patrimonio de la Iglesia y de los pobres, para evitar mayores males: y sin embargo habrá sido una felicidad el que conocieseis entonces que estos males eran un premio digno de la obstinacion con que se abandonaba y despreciaba á la iglesia de Roma, á esta esposa distinguida que os ha dado Jesucristo. ¿No será ya tiempo de enjugar sus lágrimas, y de hacerla olvidar sus disgustos con una pronta y tierna union? Y vos, Sumo Pastor y obispo de la Iglesia universal, ¿qué haceis á las orillas del Ródano y del Durance, mientras que el Helesponto y el mar Egeo,

las islas de Chipre y de Rodas, el Epiro y la Aca-ya, las tierras y los mares del oriente y del universo entero reclaman vuestra solicitud y vuestra proteccion? Cualesquiera que sean las diversiones y atractivos del condado venesino, que todos ellos son imaginarios ó muy pequeños en comparacion de los de la dulce Hesperia, reflexionad que no debéis residir donde hay mas frondosidad ó fuentes mas frescas y cristalinas, sino donde ahullan los lobos con mas furor, y donde está espuesto el rebaño á mayores peligros.”

Le hace presente la brevedad de la vida y la terrible cuenta que se ha de dar al Juez Supremo. „Cuando comparezcais (dice) en aquel tribunal, donde no tendreis la cualidad de Señor, sino únicamente la de siervo, como el jornalero y el esclavo, ¿qué responderéis á Jesucristo al decir: yo te habia elegido, contra toda esperanza, para que reparases las faltas de tus predecesores? ¿Qué habéis de responder al Príncipe de los Apóstoles cuando, al salir del sepulcro, os pregunte: de dónde venís? Mirad si en aquel momento querreis mas bien hallaros con vuestros provenzales que con los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, y los santos mártires Estévan y Lorenzo, y con los confesores Silvestre y Gregorio, y las vírgenes Inés y Cecilia. ¡Ojalá que en esta misma noche en que os escribo (era la víspera de San Pedro) asistiérais al oficio divino en la basílica del santo Apóstol cuya silla ocupais! ¡Qué alegría para él! ¡Qué momentos tan

deliciosos para vos! Jamás los tendreis semejantes mientras permanezcais en Aviñon. La verdadera felicidad no consiste en el goce de las dulzuras sensuales, sino en la unción de la piedad.” Con otras muchas razones poderosas y hermosas imágenes, procuró el Petrarca acelerar el viage del Papa á Roma.

50. Por otra parte, Nicolás Oreme, doctor de París enviado por el Rey Carlos V, hizo un gran discurso para disuadir al Papa del pensamiento de trasladarse á Roma (1). Pero así como las causas y los talentos de los dos oradores eran muy desemejantes, así tambien la carta ingeniosa y delicada del poeta de Italia llevaba infinitas ventajas á la absurda y pesada arenga del teólogo de Francia. A la dignidad de la ciudad de Roma, corte del mayor imperio y capital del universo; á la íntima union del Papa con aquella iglesia, madre de todas las demás; al egemplo de tantos Pontífices que hallaron su santificacion en su seno; á los remordimientos de los que la abandonaron, y á las promesas tantas veces repetidas de dar fin á este divorcio, opone Oreme, como otros tantos argumentos irresistibles, la inclinacion constante y natural de los galos á los egercicios religiosos, la cual (dice) se manifestó aun en tiempo de los Druidas, y se halla comprobada en los comentarios de César; el asilo que los Papas atormentados al otro lado de los montes encontraron siempre en los estados de los

(1) *Du-Boulai. tom. 4. p. 396. et seq.*

Reyes Cristianísimos, la academia floreciente, trasladada en tiempos antiguos desde Roma á Paris por Carlo-Magno, llena de doctores profundos en la teología, en el derecho y en las artes liberales, y comparable á los astros y á los rayos de que se habla en el Apocalipsis; y en fin, la situacion de la Provenza en medio de Europa, y la ventaja que tenia la Francia de ser patria del Papa, el cual debe (así concluye) fijar en ella su residencia, así como Jesucristo fijó la suya en la Judea.

51. Estos discursos ridículos y confundidos por otra parte con una infinidad de pasages de la Escritura y del derecho, que manifestaban una erudicion mal digerida y un juicio nada sólido, no eran capaces de contrapesar los poderosos motivos en que estaba fundada la resolucion del Papa Urbano. Temiendo, pues, que ocurriesen obstáculos de mayor consideracion, se apresuró á cumplirla puntualmente en el término que habia prefijado (1). El último día de Abril del año 1367 salió de Aviñon, acompañado de sus cardenales; bien que le seguian casi todos por necesidad, como si fuesen á un destierro. Tomó el camino de Marsella para visitar la abadía de San Víctor, que habia puesto él mismo en un estado floreciente despues de su elevacion al pontificado, y la amaba tiernamente mirándola como su cuna. Puso bajo la direccion de esta abadía diez monasterios, y entre otros la casa de benedic-

(1) *Iter. Ital. Urb. V. ap. Baluz. t. 2. Vit. Pap. Aven. pag. 368. et seq.*

tinios que habia establecido poco antes en Mompe-ller, y ésta formó el cabildo de esta catedral, cuando se verificó la traslacion de la silla de Magüelona. El 12 de Mayo, estando todavía en Marsella, hizo cardenal á Guillermo de Aigrefeuille, que tenia á lo sumo veintiocho años, pero era de los mas capaces entre los de su edad, y concurría en él la circunstancia de ser sobrino de un cardenal anciano del mismo nombre, amigo íntimo de Urbano, y el principal promotor de la exaltacion de este Pontífice, segun se decia entonces.

52. Entretanto habia en el puerto veintitres galeras prontas á dar la vela, y otros muchos buques de todas clases, tripulados por la Reina de Sicilia, y por las repúblicas de Venecia, Génova y Pisa, así para llevar con seguridad la Cabeza de la Iglesia, como para hacerla el debido honor. El 19 se embarcó Urbano en una galera veneciana; levaron áncoras, y favoreciendo los vientos el ardor del Pontífice, perdieron de vista en algunas horas las riberas de Francia. En este momento hizo el amor de la patria una impresion tan viva en el ánimo de algunos cardenales franceses, que prorumpieron en quejas desmedidas contra el Papa: ciega puerilidad (dice con este motivo el Petrarca) rebelada contra un padre que obligaba á sus hijos á que entrásen en el camino de su propia felicidad y de su salvacion (1). Despreció el Papa estos clamores ridículos, aceleró cuanto pudo la navegacion, y el día 9

(1) *Rer. Sen. lib. 9. ep. 2.*

de Junio llegó á Viterbo, donde por espacio de cuatro meses recibió los testimonios mas expresivos del respeto, de la gratitud y de la alegría de toda Italia. Luego que desembarcó en Corneto, primera plaza del estado eclesiástico, fueron á cumplimentarle casi todos los grandes de aquellas provincias, y los diputados de Roma le dieron el absoluto señorío de su ciudad con las llaves del castillo de Sant-Angelo que habian retenido hasta entonces.

53. En Viterbo confirmó el Papa Urbano la nueva congregacion de los jesuatos, que acababa de fundar Juan Columbano (1). Era este piadoso fundador un noble habitante de Sena, que habia obtenido la dignidad de confalonario, primer empleo de la república. Entonces manifestaba poca religion, un olvido total de las leyes de la probidad, un furor estremado en todos sus deseos, y tanta sed de oro, que se valia indistintamente de todos los medios capaces de aumentar sus riquezas. Un dia que al salir del senado no halló la comida pronta, se irritó con su familia de un modo que no correspondia á su carácter. Para aquietarle le dió su muger las vidas de los Santos. Al principio tiró el libro con rabia, pero calmándose despues inopinadamente, le cogió, le abrió por distraerse, y dió con la penitencia de Santa María egipciaca. Pudo tanto con él esta lectura, que resolvió desde luego convertirse. Al momento empezó á hacer copiosas limosnas, á frecuentar las iglesias, y á dedicarse al

(1) *Hist. Ord. relig. tom. 3. cap. 55.*

ayuno y á la oracion. Su piadosa muger que pedia á Dios por su conversion mucho tiempo habia, y le daba egemplos de virtud, inútiles hasta entonces, encontró en él un maestro y un modelo de la perfeccion evangélica. La persuadió á que guardasen continencia: despues de lo cual durmió siempre en una tabla, vistió con humildad y pobreza, se puso un áspero cilicio, y añadió á esto otras muchas mortificaciones. En aquel tiempo tenia todavía un hijo y una hija.

Muerto el hijo, y habiendo abrazado la hija la vida religiosa, Juan Columbano, de acuerdo con su esposa, distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y se redujo á la clase de mendigo. Tuvo por compañero á otro noble habitante de Sena, llamado Francisco Vincenti, y se dedicaron los dos á predicar por las ciudades y aldeas de Toscana, exhortando á todos á hacer penitencia, y atrayendo á los mas virtuosos con su vida edificante. De este modo reunieron hasta sesenta discípulos, con los cuales fueron á presentarse al Papa Urbano, descalzos, sin ningun abrigo ni defensa en la cabeza, y lo demás del cuerpo cubierto con andrajos. El Pontífice los recibió con agrado, quiso que á lo menos llevasen sandalias de madera, y que se cubriesen la cabeza, y les dió por vestido una túnica blanca, con una capucha de la misma tela, y una capa parda. El pueblo los llamó jesuatos, porque estaban pronunciando siempre el nombre de Jesus. Volviendo Juan Columbano á Sena, murió en el

camino, el último día de Julio del año 1367; y aunque no fue canonizado con las formalidades de estilo, el Papa Gregorio XIII hizo que se colocase su nombre en el martirologio romano. Esta congregacion fue suprimida por Clemente XI, despues de haber subsistido trescientos años.

54. En fin, la Cabeza de la Iglesia volvió á entrar en Roma el sábado 16 de Octubre, sesenta y tres años despues de la muerte de Benedicto XI, cuyos sucesores habian establecido su residencia en Francia. Urbano V entró en la ciudad con dos mil soldados, acompañado del clero y del pueblo romano que le habian salido al encuentro, y le recibieron con una alegría y solemnidad que no habian visto jamás los nacidos. Despues que hizo oracion en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles y fue colocado en la Silla pontificia, pasó al palacio del Vaticano que estaba arruinándose, cuya obra reparó poco despues magníficamente. El último día de Octubre, vispera de Todos Santos, celebró de pontifical en el altar de San Pedro, donde no se habia dicho misa desde el tiempo de Bonifacio VIII. El día segundo de Marzo del año 1368 despues de haber celebrado Urbano en San Juan de Letran, en la capilla llamada *Sancta Sanctorum*, hizo que sacasen las cabezas de San Pedro y San Pablo que estaban casi olvidadas debajo del altar en que acababa de decir misa, á fin de dar á estas reliquias insignes un culto digno de ellas. Despues mandó que las hiciesen unas urnas nuevas, cuyo precio pa-

só de treinta mil florines de oro. Son dos grandes bustos de plata que pesan mil doscientos marcos, y están llenos de piedras preciosas. En el busto de San Pedro se vé la tiara ó triple corona, cuya institucion se atribuyó por esta causa al Papa Urbano V. Pero las estátuas de sus predecesores Juan XXII, Benedicto XII é Inocencio VI tenian coronas poco diferentes de aquella. Se advierte tambien que al volver del monte de Letran al del Vaticano, no se apartó Urbano V, como lo habian hecho algunos predecesores suyos por no tocar en el parage donde decian que habia parido la falsa papisa Juana: lo que prueba que ya estaban todos desengañados de esta fábula.

55. A principios del mes de Mayo pasó el Papa Urbano desde Roma á Monte-Fiascone, lugar célebre por la salubridad del aire, para permanecer allí durante los calores del estío. Antes de volver á Roma hizo una nueva promocion de ocho cardenales, la mayor parte franceses, á egemplo de lo egecutado por sus últimos predecesores. El Emperador Carlos IV se dirigió á Monte-Fiascone con un ejército numeroso destinado á sujetar á los usurpadores del patrimonio de la Iglesia, y á contener los pueblos en la obediencia debida al Sumo Pontífice. Marcharon uno y otro á Roma para esperar á la Emperatriz que habia de ser coronada por el Papa en aquella ciudad, como lo fue en efecto el día de Todos Santos, despues de haber sido ungida, segun costumbre, por el cardenal obispo de Ostia.

Para esta ceremonia celebró el Papa en el altar de San Pedro, haciendo el Emperador el oficio de diácono, pero sin leer el Evangelio, porque solo tenía derecho para leerle en el día de Navidad. Este Príncipe, siempre fiel á su promesa, salió de Roma poco despues de la coronacion de la Emperatriz su esposa. En el año siguiente de 1369, vieron tambien allí al Emperador de oriente Juan Paleólogo.

56. Asustado este Príncipe con los rápidos progresos de los turcos, habia pasado á Italia para acelerar los socorros de los occidentales. El Papa Urbano se mostró muy adicto á sus intereses, y le trató con mucho honor, aunque no tanto como al Emperador de occidente, el cual era mirado como Soberano, ó á lo menos como representante de los Soberanos de Roma. Paleólogo por su parte se mostró constante en la fe romana que habia profesado ya (1). El día de San Lucas, 18 de Octubre, fue á la iglesia del Espíritu Santo, y en presencia de cuatro cardenales confesó que esta Persona divina procede de las dos primeras: que la iglesia romana tiene el derecho de primacia sobre toda la Iglesia católica: que la corresponde decidir en las cuestiones de fe; y que todo aquel que se sienta agraviado en materias eclesiásticas puede apelar á ella. El Emperador dió esta confesion en forma de bula, firmada de su puño con caractéres encarnados, y sellada con sello de oro: añadió á esto el juramen-

(1) *Chalc. p. 23. Allat. Cons. p. 842. Rain ann. 1369. et 1370.*

to, y los cardenales le admitieron al ósculo de paz, como verdadero católico. El domingo siguiente, el Papa vestido de pontifical, y acompañado de los cardenales y demás prelados con toda la pompa y magnificencia correspondiente á sus dignidades, pasó desde el Vaticano á la iglesia de San Pedro, donde se sentó en una silla que estaba preparada en lo alto de las gradas del átrio ó lonja. Llegó despues el Emperador, y luego que descubrió al Sumo Pontífice hizo tres genuflexiones; se postró, le besó los pies, las manos y la boca; despues de lo cual se levantó el Pontífice, le cogió de la mano, y habiendo empezado el *Te Deum*, entraron juntos en la iglesia, donde cantó el Papa la misa en presencia del Príncipe y de un gran número de griegos. Concluidos los oficios, fue Paleólogo á comer con el Papa y con todos los cardenales.

Al principio del año siguiente 1370, temiendo alguna interpretacion siniestra de los griegos acerca del nombre de la iglesia romana, sin embargo de que continuaban llamándose romanos, espidió Juan Paleólogo otra bula para explicar la primera, y declaró que por la iglesia romana entendia aquella en que presidia el Papa Urbano V. No tardó este Emperador en restituirse á Constantinopla; y Urbano, que no pudo darle todavía los socorros pedidos tantas veces, procuró indemnizarle con la concesion de los favores espirituales que solo dependian de él. Entre otros privilegios es de notar el que le concedió para tener un altar portátil, es-